PERCY SHELLEY

ADONAIS Y OTROS POEMAS









Percy Shelley

Adonais y otros poemas



Percy Bysshe Shelley

Nació el 04 de agosto de 1792, en Field Place, Inglaterra. Fue un ensayista, escritor y poeta del Romanticismo.

En su primera publicación: *Zastrozzi* (1810), se observa un acercamiento a la postura ateísta que le traería muchos conflictos. Durante su estadía en la universidad escribió: *Necesidad del ateísmo* (1811), lo que obligó a retirarse de Inglaterra hacia Escocia e Irlanda; donde formaría su familia. En ese contexto escribe gran parte de su producción poética: *La reina Mab: un poema filosófico* (1813), *Alastor, o el espíritu de la soledad* (1815), *Himno a la belleza intelectual* (1816), lo escribió en un viaje a Suiza acompañando a Lord Byron; *Prometeo Liberado* (1820), continuación de unos de los libros de Esquilo (Prometeo encadenado).

Murió el 8 de Julio de 1822, en Viareggio, Gran Ducado de Toscana.

Adonais y otros poemas
Percy Shelley

Juan Pablo de la Guerra de Urioste
Gerente de Educación y Deportes

Doris Renata Teodori de la Puente
Asesora de Educación

Alex Winder Alejandro Vargas
Jefe del Programa Lima Lee

Editor del programa Lima Lee: John Martínez Gonzáles
Selección de textos: Jerson Lenny Cervantes Leon
Corrección de estilo: Manuel Alexander Suyo Martínez
Diagramación: Ambar Lizbeth Sánchez García
Concepto de portada: Melissa Pérez García

Editado por la Municipalidad de Lima

Jirón de la Unión 300, Lima

www.munlima.gob.pe

Lima, 2020

Presentación

La Municipalidad de Lima, a través del programa "Lima Lee", apunta a generar múltiples puentes para que el ciudadano acceda al libro y establezca, a partir de ello, una fructífera relación con el conocimiento, con la creatividad, con los valores y con el saber en general, que lo haga aún más sensible al rol que tiene con su entorno y con la sociedad.

La democratización del libro y lectura son temas primordiales de esta gestión municipal; con ello buscamos, en principio, confrontar las conocidas brechas que separan al potencial lector de la biblioteca física o virtual. Los tiempos actuales nos plantean nuevos retos, que estamos enfrentando hoy mismo como país, pero también oportunidades para lograr ese acercamiento anhelado con el libro que nos lleve a desterrar los bajísimos niveles de lectura que tiene nuestro país.

La pandemia del denominado Covid-19 nos plantea una reformulación de nuestros hábitos, pero, también, una revaloración de la vida misma como espacio de

interacción social y desarrollo personal; y la cultura de la mano con el libro y la lectura deben estar en esa agenda que tenemos todos en el futuro más cercano.

En ese sentido, en la línea editorial del programa, se elaboró la colección “Lima Lee”, títulos con contenido amigable y cálido que permiten el encuentro con el conocimiento. Estos libros reúnen la literatura de autores peruanos y escritores universales.

El programa “Lima Lee” de la Municipalidad de Lima tiene el agrado de entregar estas publicaciones a los vecinos de la ciudad con la finalidad de fomentar ese maravilloso y gratificante encuentro con el libro y la buena lectura que nos hemos propuesto impulsar firmemente en el marco del Bicentenario de la Independencia del Perú.

Jorge Muñoz Wells
Alcalde de Lima

ADONAIS Y OTROS POEMAS

A la alegría

Espíritu sutil de la Alegría,
¡Cuán pocas veces te llegaste a mí!
¿Por qué, noche tras noche y día tras día,
desampararme así?
¡Cuánta cansada noche y día triste,
espíritu vital, no bien huiste!

¿Cómo será que vuelvas, ni que vibres
en sombras de mi alma, tu fulgor,
si tú con los dichosos y los libres,
te ríes del dolor?
¡Espíritu falaz! tu gloria esmalta
solo las vidas a quien no haces falta.

Como la cierva si crujió una hoja,
te das ante los males, a temblar.
Aun el menor suspiro de congoja
te viene a reprochar
que ni a la pena asistas ni al gemido
el que se exhala, prestes el oído.

¡Déjame alzar con melodía nueva,
limpia y jovial, mi tenebroso canto!
no que a escucharme la piedad te mueva:
te moverá el encanto.
Más, corte la piedad las crueles alas
con que en remoto azul siempre resbalas.

Pues son también los tuyos mis amores,
oh Espíritu sutil de la Delicia;
la fresca Tierra en nítidos verdores,
la noche y la caricia
vesperal del otoño, y la alta aurora
que pájaros concierta y brumas dora.

Amo la nieve, el iris con que sabe
la viva escarcha abrillantar el mundo;
la nube, la onda azul, la brisa suave
y el retronar profundo:
cuanto hay exento de miseria humana
en la naturaleza soberana.

Amo la soledad de alas tranquilas,
de la amistad la pervivencia fiel;
mi espíritu te copia: ¿Qué vacilas

en hermanarte a él?
pero, insensible tú, guardas lejano
cuanto amo a par de ti y anhelo en vano.

Y amo el Amor, aunque en sus alas de oro,
tenga de un relámpago su albor.
pero ante todo, Espíritu, te adoro:
Tú eres vida y amor.
¡Oh, ven, y haz tu mansión del alma mía,
espíritu inmortal de la Alegría!

A

La música, al morir en notas tiernas,
continúa vibrando en la memoria;
los perfumes, si enferman las violetas,
reaniman los sentidos en que moran;
las hojas libres, si la rosa muere,
van a posarse sobre el lecho amado;
y así, en tus pensamientos, cuando vueles,
quedará el Amor mismo dormitando.

A una alondra

¡Sé bienvenido, jubiloso espíritu!
No fuiste nunca un pájaro,
tú, que desde los cielos o cerca de sus lindes,
el corazón derramas
en profusos acentos, con arte no pensado.

Alta, siempre más alta,
de la tierra te lanzas
como nube de fuego;
por el azul revuelas
y cantando te ciernes y, cerniéndose, cantas.

En dorados relámpagos
del sol, ya trasmontado,
donde se encienden nubes,
flotas tú y te deslizas
como gozo sin cuerpo que empieza su carrera.

La tardecita pálida y purpúrea, en torno
de tu vuelo se funde:
como estrella del cielo,

al ser día, invisible eres tú,
pero escucho tu voz dulce y aguda,
fina como las flechas
de la esfera de plata,
cuya viva luz mengua
en la blanca alborada,
y ya, sin verla apenas, lejana la sentimos.

Todo el aire y la tierra
de tus trinos se colman:
Así, en la noche pura,
desde una nube sola,
derrama luz la luna y se inundan los cielos.

No sabemos quién eres.
Y a ti más parecido
¿Qué habrá? De la irisada nube no fluyen nunca
gotas tan radiantes,
como de tu presencia nos llueven melodías.

Así un poeta oculto
en luz de pensamientos,
que entona sus canciones,
hasta sentir el mundo
temores y esperanzas que no advirtiera nunca.

Así una alta doncella
en torre de un palacio,
que alivia pesadumbres
de amor secretamente, con música tan dulce
como el amor, fluyendo de su estancia.

Tal dorada luciérnaga
en valle de rocío,
que esparce, sin ser vista,
aéreos, sus fulgores,
entre flores y hierbas que a los ojos la ocultan.

Cual rosa retirada
entre sus hojas verdes,
deshojada por brisas
tibias, hasta que siente desmayo, por exceso
de aroma, sus ladrones de vuelo fatigado.

Al son de los chubascos
de primavera, en hierbas relucientes,
a flores despertadas por la lluvia,
a todo lo que hubiere
de alegre, claro y fresco, tu música aventaja.

Dinos, ave o espíritu,
tus dulces pensamientos:
nunca oí una alabanza
del amor o del vino,
que tan divino arrobo, ardiente, derramara.

Los coros de Himeneo,
los cantos de victoria,
junto a los tuyos fueran
ostentación vacía,
aquello en que se siente alguna falla oculta.

¿Qué objetos son la fuente
de tu feliz gorjeo?
¿Qué campos, ondas, montes?
¿Qué cielos o llanuras?
¿Qué amor de semejantes y qué ignorar de penas?

En tu alegría clara
no caben languideces;
la sombra de la angustia
nunca a ti se ha acercado:
amas y el triste hastío de amor nunca supiste.

En vigilia o dormida,
pensarás de la muerte
cosas más ciertas y hondas
que nosotros, mortales:
si no, ¿cómo brotará tu arroyo cristalino?

Miramos antes, luego;
lo que no es lloramos:
nuestra risa más clara
se mezcla con suspiros;
da los más dulces cantos nuestro pensar más triste.

Mas si hiciéramos burla
de orgullo y odio y miedo;
si hubiésemos nacido
para no llorar nunca,
no sé si llegaríamos tan cerca de tu gozo.

Mejor que todo verso
de sones deliciosos,
mejor que las preseas
de los libros, tu arte
será para el poeta, ¡tú, que al suelo escarnecer!

Si un poco me dijeras
del gozo que tú sabes,
tal locura armoniosa
brotara de mis labios,
que, como yo te escucho, el mundo escucharía.

Filosofía del amor

La fuente se une al arroyo,
el arroyo se une al mar
y las brisas y las auras
unidas vienen y van.
Si por ley del Universo
no hay un ser en soledad;
si todo se une con algo
¿Por qué unida a mí, no estás?

Los montes besan al cielo,
besos las olas se dan,
la flor desdeña las flores,
que no besan a su igual;
rayos de sol y de luna
besan la tierra y el mar:
y ¿qué vale tanto beso
si no me besas jamás?

Vino de hadas

Me embriagué de aquel vino de miel
del capullo lunar de zarzarrosa,
que recogen las hadas en copas de jacinto;
los lirones, murciélagos y topos
duermen entre los muros o en la hierba,
en el patio desierto y triste del castillo;
cuando el vino derrama en la tierra de estío
o en medio del rocío se elevan sus vapores,
de alegría se colman sus venturosos sueños
y dormidos, murmuran su alborozo; pues pocas
son las hadas que elevan esos cálices tan nuevos.

Adonais

I

Murió Adonais y por su muerte lloro.
Llorad por él, aunque el ardiente llanto
no deshaga la nieve que le cubre.
Y tú, hora fatal, la que escogida
fue de los años para que él muriese,
despierta a tus oscuras compañeras,
muéstrales tu dolor y di: conmigo
murió Adonais y mientras que el futuro
al pasado no olvide, su destino
y su fama serán eternamente
un eco y una luz para los hombres.

II

Cuando Adonais murió di, ¿dónde estabas?
¿En dónde estabas tú, madre potente,
cuando tu hijo yacía traspasado
por el dardo que surca las tinieblas?
¿En dónde estabas tú, perdida Urania?
Allá en su paraíso, sentada entre los Ecos
vigilantes y mientras con suspiros
amorosos y blandos reanimaba
una de las ya marchitas melodías,
con las que, como flores que se burlan
del cadáver, ornar y esconder quiso
el futuro volumen de la muerte.

III

¡Melancólica madre, vela y llora,
por Adonais, difunto, vela y llora!
Mas ¿Para qué? En su ardiente lecho apaga
tus encendidas lágrimas y deja,
a tu gimiente corazón que guarde
tan silencioso sueño como el suyo.
Porque se fue, hundido en donde todas
las bellas cosas graves descendieron,
no sueñes ¡Ay!, que el amoroso abismo
te lo devuelva al aire. No. La muerte
devorando su voz muda se ríe
de tu desesperanza y de la mía.

IV

Tú, la más musical lamentadora,
llora otra vez la muerte del poeta,
anciano, ciego, en vida abandonado,

cuando pisoteaban el orgullo
de su patria infeliz, cuando el tirano,
el clérigo y el pueblo la humillaban
con sus sangrientos ritos de lujuria.
Al penetrar sin miedo en los oscuros
dominios de la muerte, su alma clara
permaneció reinado sobre el mundo,
hijo tercero de la luz gloriosa.

V

Tú, la más musical lamentadora
llora y gime otra vez porque no todos
a tan gran esplendor subir osaron;
y más felices los que conocieron
su dicha y cuya antorcha brilla aún
en la noche del tiempo en que los soles
han muerto; más sublimes los heridos
por la envidiosa cólera del hombre
o de los dioses, que derrumbaron
fundidos en su aurora refulgente.

Y otros viven aún y van pisando
el sendero espinoso que conduce
a través de los odios y fatigas
a la mansión serena de la fama.

VI

Tu más joven y amado niño ha muerto,
el de tu viudedad; creció cual pálida
flor cultivada por doncella triste
y nutrida con lágrimas de amor
inconsolable en lugar de rocío.
¡Tú, la más musical lamentadora,
llora de nuevo tu esperanza última!
Perdida está la flor, sus mustios pétalos
murieron sin abrirse en la promesa
de su fruto mejor. El lirio amado
quebrado duerme y la tormenta pasa.

VII

A esa alta capital en donde reina
con una corte pálida la muerte
subió y pagando con su aliento puro
en la gloria compró morada eterna.
Retírate de prisa. Mientras sea
un azul día italiano el mejor cielo
para su osario, mientras él repose
en un sueño cubierto de rocío,
no le despiertes, no, porque es seguro
que halló su plenitud en la gran calma
de su profundo y líquido descanso,
porque todo lo malo dio al olvido.

VIII

El no despertará, ¡ay!, nunca, nunca.
Dentro, en la tenue cámara se esparce
veloz la sombra de la blanca muerte

y la invisible corrupción espera
en tal puerta dar fin a su camino
encontrando su turbia residencia.
El ansia eterna está sentada, pero
el terror y la lástima calmaron
su desteñida rabia y no se atreve
a devorar su víctima preciosa,
hasta que las tinieblas y los años
no acaban de correr sobre su sueño,
la cortina mortal que ya le oculta.

IX

¡Llorad por Adonais! Los sueños rápidos,
los pensares con alas de pasión,
huyeron en bandadas desde el vivo
torrente que su espíritu nutría,
enseñando el amor como una música.
No vuelan más ardiendo en la memoria
y perecen allí donde nacieron.
Lloran su triste pérdida girando

sobre su helado corazón, en donde
ya no recobraran fuerzas perdidas
ni después de tan dulce pena nunca
encontrarán de nuevo una morada.

X

Quien con sus manos temblorosas coge
su cabeza helada y lo abanica
con sus alas de luz lunar, clamando:
«Nuestro amor y esperanza, nuestra pena,
no murió, no; contempla en los sedosos
párpados de sus ojos doloridos,
como el rocío en una flor que duerme,
una lágrima quieta desprendida
del corazón de un sueño». ¡Ángel perdido
de un paraíso en ruinas! Ay, no supo
que era su propia lágrima y sin rastro
se desvaneció igual que blanca nube
que derramó su lluvia lentamente.

XI

Quién enjuagó los delicados miembros
desde la urna de estelar rocío,
y embalsamó su cuerpo; cual cortaba
abundantes sus rizos en guirnalda
como depositando una corona
engastada con perlas de su llanto;
cuál, quebrantó las flechas, rompió el arco,
consciente del dolor que la oprimía,
atajando con pérdida más débil
la pérdida mayor y amortiguando
el fuego agudo contra el rostro frío.

XII

Otra luz se posó sobre su boca,
aquella boca fina, acostumbrada
a sorber un aliento que tenía
fuerza para adentrarse en los ocultos

espíritus y entrar al palpitante
profundo corazón, con brillo y música.
La húmeda muerte sobre el yerto labio,
extinguió sus caricias, meteoro
agónico que cruza la fría noche
manchando su corona en lunáticas
luces y nieblas, tal recorrió el pálido
cuerpo sin vida hasta el total eclipse.

Xlll

Llegan también... deseos, homenajes,
aladas persuasiones y velados
destinos, esplendores y tinieblas,
encarnaciones débiles de miedos
y esperanzas, y tenues fantasías;
el dolor con familia de suspiros;
el placer, ciego de lágrimas, guiado
por el furor que daba su sonrisa
moribunda en lugar de por ojos.
Vinieron, ay, con una lenta pompa,

con la pompa que arrastra en las corrientes
el otoñal desfile de las brumas.

XIV

Todo lo que él amó, lo que amoldado
fue por su pensamiento, formas, tonos,
perfumes y sonidos melodiosos,
por Adonais gemían. La mañana
buscaba la atalaya de la aurora
y sus cabellos, húmedos de lágrimas
que son gala del suelo, oscurecieron
los ojos claros que dan luz al día.
Distante el trueno sordo se quejaba.
En un sopor inquieto, el océano
pálido yacía. En las alturas
sollozaban los vientos alocados.

XV

Entre montañas mudas recostada
Eco está alimentando sus pesares
con el recuerdo de baladas suyas.
No responde ni al viento, ni a las fuentes,
ni a las amantes aves suspendidas
sobre la verde espuma de las ramas;
ni al cuerpo del pastor ni a la campana
vespertina; ya que imitar no puede
sus labios, queridos más que aquellos
cuyos desdenes fallecer lo hacían
oscureciendo todos los sonidos.
Un lúgubre murmullo es lo que oye
el leñador mezclarse con sus cantos.

XVI

La adolescente primavera, loca
se volvió de dolor, fingióse otoño,

lanzando al suelo cual marchitas hojas
los nuevos brotes. Si se fue su gozo,
¿el año hostil por quien despertará?
No tan querido a Febo fue Jacinto
ni Narciso se amó tanto a sí mismo
como Febo y Narciso te quisieron,
¡oh! mi Adonais; exhaustos y marchitos
entre sus juveniles compañeros,
al trocar el rocío por las lágrimas
cambiaron los perfumes por suspiros.

XVII

El ruiseñor, hermana de tu alma,
no se duele viuda de su amante,
no expresa su dolor con tanta música;
ni el águila se queja cuando sube
al imperio del sol, como solías
subir tú mismo, no se queja, nutre
su juventud con sangre de la aurora,

clamando alrededor del vacuo nido;
Albion gime por ti con mayor pena.
Caiga la maldición al asesino
Caín, sobre la frente del que, herida
en tu pecho causó, expulsando el alma
angelical su huésped de la tierra.

XVIII

¡Ay! ¡Ay de mí! Que en el rodar del año
el invierno partió luego que vino,
pero no a mi pesar, aunque los aires
y las corrientes, con acentos dulces
goces remueven. Ya las golondrinas,
las hormigas y abejas reaparecen;
nuevamente las hojas y las flores
de la muerta estación ornan el féretro
y las amantes aves ya se cruzan
en los jarales, los musgosos nidos
edificando en montes y praderas;

ya de sus trances soñolientos vuelven
verdes lagartos y serpientes de oro,
como fuego que brota de una cárcel.

XIX

El corazón terrestre emana vida
para los bosques, ríos y océanos,
igual que siempre desde la mañana
grande del mundo, la primera aurora,
alba de Dios nacida sobre el caos.
Más blanda luz ostentan en el cielo
sujetos a sus órbitas los astros.
Las cosas más humildes se estremecen
con sacra sed de vida; se difunden;
y en deleites de amor gastan belleza
que renuevan con júbilo, potentes.

XX

Por este tierno espíritu tocado
exhala flores de gentil aroma
el cadáver leproso; cuando el brillo
se transforma en flagrancia, las estrellas
encarnan para dar luz a la muerte;
y así se burlan del feliz gusano
que abajo se despierta. Nada muere
de lo que conocemos. ¿Será todo
una espada que fuera de su vaina
por el cielo relámpago es fundida?
Un momento reluce intenso el átomo,
luego se apaga en un reposo frío.

XXI

¡Ay! ¡Que tenga que estar como si nunca
hubiera en él vivido lo que tanto

amábamos nosotros, y que sea
mortal también nuestro dolor! ¿De dónde
hemos venido y para qué vivimos?
¿Y de qué escena somos los actores
o los testigos? Grandes y pequeños
los confunde la muerte que anticipa
lo que la vida pide de prestado.
En tanto que los cielos sean azules
y verdes sean los campos, la mañana
empujada será por negra noche
cuyas sombras la tarde anunciará,
y los años y meses con gemido
despertarán a los años y los meses.

XXII

¡Él, no despertará, ay, nunca, nunca!
La miseria gritó: «Madre sin hijo,
alzate de tu sueño y con tu llanto,
con tus suspiros sacia la profunda
herida de tu pecho, más terrible

aún que la suya». Todos los ensueños
que velaban los ojos de Urania,
todos los Ecos que la voz fraterna
en sagrado silencio mantenía,
le gritaron: «¡Levántate!». Obediente,
igual que un pensamiento a quien hubiera
mordido la serpiente del recuerdo,
rápido el esplendor agonizante
saltó de su reposo de ambrosía.

XXIII

Se irguió como una noche del otoño
que nace por oriente y sigue loca
con temblorosas alas eternales
al triste día de oro, como un negro
fantasma que abandona el catafalco
con un cadáver más sobre la tierra.
Miedo y dolor hirieron de este modo,
despertaron, raptaron de este modo
a Urania, y de este modo hicieron

un ambiente de niebla tormentosa
en torno suyo; así la arrebataron
por su camino trágico hasta el triste
lugar en donde su Adonais yacía.

XXIV

De su secreto Edén salió corriendo
atravesando campos y ciudades,
sobre un áspero suelo en donde había
entre el hierro y las piedras, corazones,
humanos corazones que eran duros
a las leves pisadas, que le herían
las plantas delicadas e invisibles;
sobre lenguas agudas, por punzantes
pensamientos corrió, que laceraban
la suave forma a la que no pudieron
nunca vencer, cuya bendita sangre,
como jóvenes lágrimas de mayo,
pavimentaba con eternas flores
el ingrato sendero recorrido.

XXV

En la cámara fúnebre un momento
enrojeció la muerte que humillada
ante tal poder vivo se aniquiló.
Alentaron de nuevo aquellos labios
y destelló la luz de la existencia,
en los pálidos miembros que habían
sido momentos antes su deleite.
«No me dejes así, desconsolada,
solitaria y demente, como mudo
relámpago a una noche sin estrellas».
«¡Ay, no me dejes!» —exclamaba Urania.
Con sus gemidos; despertó la muerte
y la muerte se irguió sonriente y vino
a encontrar sus inútiles caricias.

XXVI

«Detente un poco y háblame otra vez,
bésame lo que un beso durar pueda.

Dentro, en mi pecho descorazonado
y en mi ardiente cerebro esas palabras;
y ese beso serán más permanentes
que todos los recuerdos de mi vida,
como si fueran una parte tuya
ahora que tú estás muerto vivirán
con alimentos de memorias tristes,
oh, mi Adonais. Yo lo daría todo
por estar como tú, no encadenado
al tiempo que no puede liberarme».

XXVII

«Oh, gentil niño, si eras tan hermoso,
¿por qué tan pronto dejas los senderos
pisados por el hombre? ¿Cómo osaste
desafiar con puños tan endebles
aunque con pecho firme, en su antro mismo
al hambriento dragón? Ay, indefenso,
¿dónde estaba el escudo reluciente
de tu saber, la lanza del desdén?
Si tú hubieras esperado el fin del ciclo

hasta cuando tu espíritu alcanzara
la plenitud de tu creciente esfera,
los monstruos del desierto de la vida
huyeran ante ti como los gamos».

XXVIII

«Los lobos en manada son audaces
solo cuando persiguen; los obscenos
cuervos sobre los muertos clamorean
los buitres solo fieles al emblema
del saqueador, no comen sino sobras
de lo arrasado y de sus alas llueve
sucio contagio. Cómo huyeron cuando
tal nuevo Apolo, el Pitio de este tiempo,
con arco de oro disparó su flecha
sonriendo después. No insisten nunca
los despojadores. Viles se doblegan
hasta besar los pies del orgulloso
que con desdén altivo los aparta».

XXIX

«El sol nace y desovan los reptiles;
se oculta el sol y cada insecto
antes del alba efímero perece
al renacer los astros inmortales;
así en el mundo de los hombres vivos.
Una mente divina alza su vuelo
velando el firmamento, desnudando
la tierra con su gozo y cuando cae
los míseros enjambres que nublaban
o compartían su luz a futuros
iguales esplendores abandonan
la pavorosa noche del espíritu».

XXX

Cesó de hablar Urania. Los pastores
rotas las mantas mágicas venían
por los montes, marchitas las guirnaldas.

El peregrino de lo eterno, cuya
fama se inclina igual que un alto cielo
sobre su viva frente —monumento
prematuro y durable— llegó triste,
velando los fulgores de su canto.
De su áspero dominio Irene infausta
al más dulce liróforo le envía,
con el amor las penas aprendieron
a caer de sus labios hechas música.

XXXI

Entre las menos destacadas, una
forma débil llegó, para los hombres
fantasma, solitaria nube última
de agónica tormenta que tronase
como doblan a muerto las campanas.
Yo pienso que ya había contemplado
la desnuda hermosura de la tierra,
nuevo Acteón vagaba sin destino
recorriendo con débiles pisadas,
el desierto del mundo, y a lo largo

del áspero sendero lo seguían
sus propios pensamientos, cual rabiosos
perros, tortura y causa de su vida.

XXXII

Un alma de león hermosa y ágil
un amor disfrazado de tristeza,
un poder que se juzga débil y
casi no puede levantar el peso
de la superyacente hora; lámpara
que muere, lluvia que cae, oleaje
roto antes que la voz mientras hablamos.
Sobre la mustia flor el sol sonríe
aunque muerte le da. En las mejillas
arde la vida en sangre, aunque en el pecho
el corazón se está resquebrajando.

XXXIII

Coronaban su frente pensamientos
marchitos y violetas jaspeadas,
blancas y azules que languidecían;
con piñón de ciprés el ágil tirso,
ceñida el astra ruda con las trenzas
sombrías de la yedra y goteando
con rocío de selva al mediodía,
vibraba con el pulso interminable
del corazón que hace temblar la débil
mano que lo empuñaba. Del cortejo
venía el último, aparte y solo,
ciervo desamparado por la grey
que derrumbó la flecha cazadora.

XXXIV

A su roto gemido, apartados,
el noble grupo sonreía entre lágrimas

llorando el propio en el destino ajeno
así cantaba aquél nuevas angustias
con acentos de un mundo no sabido.
Urania triste, vuelta al extranjero,
«¿Quién eres?», murmuró. Él, nada dijo,
con mano presta desnudó su frente,
señalada y sangrienta, ¡ay dolor!
como la de Caín o la de Cristo.

XXXV

¿Qué suave voz se apaga sobre el muerto?
¿Cuál frente esconde aquel sombrío manto?
¿Qué figura se inclina tristemente
y junto al blanco lecho finge duro
monumento, y en duelo el corazón
sin una queja trémulo palpita?
Sí, es él, el más dulce de los sabios;
amor, letras, consuelo dio al ausente,
no con suspiros ásperos turbemos
silencio de tan grato sacrificio.

XXXVI

Bebió nuestro Adonais, ¡ay!, el veneno.
¿Qué criminal vipéreo y sordo pudo
con tal licor de angustia coronar
la copa matutina de la vida?
Ya el gusano sin nombre se condena;
sintió el veneno, más pudo librarse
del mágico cantar que conjuraba
maldad, odio y envidia, y que clamaba
desde aquel pecho solitario y único,
mudo ya en esperanza de canciones;
helada la maestra mano y sueltas
están las cuerdas del laúd de plata.

XXXVII

Tú, cuya infamia nunca será gloria,
mancilla oscura en nombre memorable,
vive, no temas un peor castigo.

Sé tú mismo y conócete cual eres,
y cuando llegue la hora y se desborden
tus colmillos, descarga tu ponzoña
asco y remordimiento irán contigo,
la encendida vergüenza quemará
tu frente oculta; y entonces como ora
has de temblar cual perro fustigado.

XXXVIII

No lloremos, si aquel, deleite nuestro,
lejos voló de los voraces buitres
que abajo graznan. Ora vela y duerme
al lado de los muertos perdurables.
No podrás ascender hasta tu trono.
El polvo al polvo, mas el alma pura
fluye de nuevo a la encendida fuente
donde brotó pedazo de lo eterno,
y ha de brillar igual, inextinguible,
atravesando tiempo y accidente,

mientras ahogan tus cenizas frías
la miserable lumbre del oprobio.

XXXIX

Callad, que no está muerto ni dormido;
despertó ya del sueño de la vida.
Perdidos en visiones tempestuosas
y armados contra espectros sostenemos
contienda estéril y en delirio loco,
el puñal del espíritu clavamos
en el vacío invulnerable. Sí,
crueles despojos sepultos decaemos,
el temor y la angustia día a día
nos crispan y consumen, y esperanzas
friolentas cual gusanos hormiguean
en la entraña del barro que vivimos.

XL

Ascendió más allá de las tinieblas
de nuestra noche; envidia ni calumnia,
odio, dolor, ni esta inquietud que el hombre
llama placer le tocan ni le hieren;
se libró del contagio de esta lenta
mancha del mundo, y no podrá ya nunca
gemir en vano cuando el tiempo torne
helado el corazón, gris la cabeza,
ni al dejar de arder el alma misma
llenarán sus cenizas sin fulgor.
Urna desamparada por el llanto.

XLI

Vive, vela. No lloréis por Adonais.
La muerte murió, no él. Tú, joven
amanecer, enciende tu rocío,
no se ha ido el espíritu que lloras;

vosotras, grutas, selvas, no gimas,
ni vosotras, flores y fuentes lánguidas.
Y tú, aire, que extiendes como un velo
de dolor tu cendal sobre la tierra
desolada, desnúdala hasta el alto
fulgor en que sonríen los alegres
astros a su fatal desesperanza.

XLII

Ya se fundió con la naturaleza;
la voz de él, suena en toda su armonía,
del gemido del trueno al dulce pájaro
de la noche; se siente y reconoce
su presencia en la luz y la tiniebla,
en la hierba y la roca, y se difunde
doquiera que palpita ese poder
que recogió su vida y cuyo amor
sin desmayo conduce y rige el mundo lo sostiene en su
mano y lo ilumina.

XLIII

Parte es de la belleza que otros días
hizo más bella; está con el espíritu
cuya potencia plástica recorre
la entraña del espeso mundo inerte;
y crea desde allí todas las formas
que revisten las nuevas sucesiones,
y tortura a la escoria en rebeldía
que se resiste al vuelo que la encumbra
a su alta identidad, según la masa
la comparte, y estalla esplendorosa
en todo su vigor y su belleza
desde el árbol, las bestias y los hombres
hasta la luz del cielo.

XLIV

Fulgor del firmamento de los tiempos
es eclipsado, pero no extinguido;

asciende y se remonta cual los astros
a su fija altitud; neblina baja,
la muerte que no empaña el resplandor,
que vela. Si el sublime pensamiento
a un corazón joven toca y levanta
de su cubil mortal, y amor y vida
se disputan en él por su destino
en la tierra —allí los muertos viven
y se mueven cual ráfagas de luz
en un aire de sombra y tempestad.

XLV

Herederos de fama no cumplida,
de su trono erigido más allá
del pensamiento mortal, en el reino
de lo inaparente, se levantan.
Es el pálido Chatterton, en él
aún no se desvanece su agonía
solemne; Sidney, tal como en la lucha
y la derrota y en amor y vida,

sublime en su ternura y un espíritu
sin tacha, se acercó; después, Lucano,
que en prueba dio su muerte. A su vista
se escabulle el olvido como réprobo.

XLVI

Y otros, oscuros nombres de la tierra,
mas cuyo transfundido efluvio nunca
morirá mientras el fuego sobreviva
a la chispa original, revestidos
en la inmortalidad deslumbradora,
acercase: «Ya estás entre nosotros
—exclaman— esperándote esa esfera
sin monarca hace tiempo giraba
en el cielo del canto, sola, muda
y ciega en su vacía majestad.
Y pues llegas, Lucero de la tarde,
tu trono alado ocupa en nuestra corte».

XLVII

¿Quién llora así por Adonais? Suspende,
pobre infeliz, tu llanto y piensa en ti
y en lo que él es ahora. Y envuelva
tu alma ardiente la tierra suspendida
y de allí como flechas luminosas
el poder espacioso de tu espíritu
traspase el litoral del universo,
hasta que colme su ámbito vacío
y retorne después a un solo punto
de estas noches y días de nosotros,
mas si encendiéndose las esperanzas
te atraen al confín, para no hundirte
aligera el pesado corazón.

XLVIII

O ve a Roma, sepulcro no suyo
más de nuestra alegría. En vano

fue que edades, imperios, religiones
descansen enterradas en las ruinas
que labraron; la gloria puede darla
él y los suyos, pero nunca aquellos
que el mundo convirtieron en su presa.
En el círculo está de los monarcas
del pensamiento que pugnaron siempre
contra la decadencia de su siglo;
y el pasado solo ellos no trascienden.

XLIX

A Roma ve, que es tumba y paraíso
y ciudad y desierto; sus escombros
se elevan cual montañas sacudidas,
y las hierbas en flor y las fragantes
malezas engalanan el osario
de la desnuda desolación, —sigue
hasta que el genio del lugar te lleve
al talud verdecido que en su prado,
cual sonrisa infantil, sobre los muertos
derrama un grato resplandor de flores.

L

Y tapias grises en torno se derrumban,
comidas por las horas indolentes
como tizón blanquizco en fuego sordo.
Y ágil pirámide de trazo excelso,
pabellón que custodia las cenizas
del que soñó ese asilo a su memoria,
alza su flama convertida en mármol.
Y abajo, en la pradera, fresca banda
que plantó en la sonrisa de los cielos
su campo fúnebre, acoge dulce
con apagado aliento al que perdimos.

LI

Detente aquí. Muy jóvenes son estas
tumbas y todavía no han vivido
el dolor que pesaba en cada una,
mas no rompas el sello que cegó

el surtidor de un alma dolorida,
pues hallarás, si a tu mansión regresas,
tu propia fuente derramando lágrimas.
Contra las agrias ráfagas del mundo
busca asilo en la sombra de una tumba.
¿Por qué temer la suerte de Adonais?

LII

Lo uno queda, lo vario muda y pasa.
La luz del cielo es resplandor eterno,
la tierra sombra efímera. La vida
cual cristalino domo de colores
mancha y quiebra la blanca eternidad
esplendorosa hasta que cae
a los pies de la muerte en mil pedazos.
Para encontrar lo que persigues, ¡muere!
¡Sigue la vía de todo lo que huye!
Flores, ruinas, el cielo azul de Roma,
estatuas, melodías y palabras
no alcanzan la verdad resplandeciente
de la gloria que viven y transfunden.

LIII

¿Por qué esperas y vuelves y resistes?
Se fueron, corazón, antes de ti
tus esperanzas y dejaron todas
las cosas de la tierra. ¡Parte ya!
Pasó una luz en el rodar del año,
pasó para los hombres y mujeres.
Todo lo grato que en el mundo queda,
atrae para perder y se resiste
para agotar tu vida lentamente.
Sonríe el cielo plácido, murmura
cerca el viento. Es Adonais que llama.
Vuela con él, que la vida no aparte
lo que unirá la muerte para siempre.

LIV

Este fulgor cuya sonrisa inflama
al universo, esta pura belleza

en que las cosas obran y palpitan,
esta gracia que nunca extinguirá
la maldición oscura del nacer,
este perenne amor que entre las mallas
que ciegamente van tramando
hombres, bestias y tierra y mar y cielo
refulge esplendoroso o mortecino,
pues todo es un reflejo de la lumbre
que apaga nuestra sed, brilla ora en mí
y consume las nubes de esta fría
mortalidad, olvidadas y solas.

LV

Desciende a mí la vida cuya
esencia invocó el canto. Lejos de la playa
la barca de mi espíritu deriva,
muy lejos de la turba temblorosa
que nunca dio su vela al huracán.
¡La tierra ponderosa se desgaja
de la celeste esfera! Voy llevado
a lejanías de pavura y sombra,

mientras en lo más íntimo del cielo
el alma de Adonais como una estrella,
fulgura en su mansión de eternidad.

XXXVII

Tú, cuya infamia nunca será gloria,
mancilla oscura en nombre memorable,
vive, no temas un peor castigo.
Sé tú mismo y conócete cual eres,
y cuando llegue la hora y se desborden
tus colmillos, descarga tu ponzoña
asco y remordimiento irán contigo,
la encendida vergüenza quemará
tu frente oculta; y entonces como ora
has de temblar cual perro fustigado

Colección
Lima Lee

